

La transfiguración de Jesucristo

— manifestación del Reino de Dios.

Obispo Alejandro (Mileant).
Traducido por Dra. Elena Ancibor

Contenido:

Introducción.
El acontecimiento de la Transfiguración.
La naturaleza de la luz de Tabor.
Oficio Divino de la festividad.
Canon de la Transfiguración (traducido del ruso).
Conclusión.

Introducción.

Cada hombre instintivamente tiende hacia la felicidad. Sin embargo, a menudo, no sabe en que ésta consiste y la busca donde no está, ni puede estar. Con Su Transfiguración sobre el monte Tabor, Señor Jesucristo indicó que la verdadera felicidad consiste en la unión con Dios. En esta unión el ser humano cambia — se transfigura. En su alma entra una inexpresable paz, armonía y alegría; su mente se ilumina y todas las capacidades humanas reciben su máxima revelación; el alma se llena de luz Divina y se torna semejante a Dios. El Reino de Dios entra en el hombre,

La transfiguración del Salvador fue la mas alta revelación del estado de Gracia: “*del Reino de Dios que vino con fuerza.*” En el monte Tabor brilló no la luz física, sino la luz de la naturaleza Divina de Cristo, hasta entonces escondida bajo Su cuerpo humano. El milagro consistía en que de los ojos de apóstoles cayó el velo que ocultaba de ellos el mundo espiritual y vieron a Cristo en Su gloria Divina. Entonces sus corazones se llenaron de tal gozo, que no habían experimentado nunca hasta este momento.

Después de llegada de Espíritu Santo sobre los apóstoles y hasta nuestros días, muchos cristianos, en particular los Santos, comulgaron con el milagro de Tabor y fueron dignos de ver los destellos de la luz Divina. Estos momentos de su vida para ellos eran inolvidables y de mayor felicidad. Pero la luz Divina no es limitada solo a algunos elegidos. Entra en cada cristiano en el momento de su bautismo y misteriosamente permanece en él. Aumenta a medida del perfeccionamiento cristiano y su acercamiento a Dios, en particular después de la Comunión.

Para que el hombre no se torne perezoso y orgulloso, no se le otorga toda la alegría de sentir la unión con Dios. — Este es el premio del siglo venidero. Sin embargo la luz Divina —

en un cristiano fervoroso — permanece, y a veces, el Señor por su bondad nos deja sentir esta alegría particular del contacto con Él. Este contacto se percibe como una misteriosa iluminación en el interior del hombre. Trae consigo un estado particular de bienaventuranza, que no es posible olvidar, no explicar a los que no lo percibieron nunca. En comparación con él, todas las alegrías terrenales parecen ínfimas y pobres. Creemos que después de este mundo temporal comenzará la vida eterna, cuando *“los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”* (Mat. 13:43).

En este folleto relataremos el acontecimiento de la Transfiguración del Salvador, citaremos las palabras de Santos Padres sobre la naturaleza de la Luz de Tabor y su importancia en la vida del cristiano. Relataremos brevemente el oficio religioso de la festividad; el cánon de vísperas y explicaremos la importancia de la bendición de uva, manzanas y otros frutos, durante esta festividad. En conclusión diremos algo sobre el fortalecimiento de la luz espiritual en nosotros — la transfiguración interna.

El acontecimiento de la Transfiguración.

Los Evangelistas Mateo, Marco y Lucas relatan la Transfiguración de Jesucristo sobre el monte Tabor, cuando Su aspecto exterior cambió y se hizo luminoso. La transfiguración aconteció seis días después que el Salvador predijo Sus sufrimientos en la cruz. La Crucifixión siguió unos cuarenta días después. He aquí, como relata el Evangelista Mateo la Transfiguración del Salvador:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo. Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista” (Mat. 17:1-12).

La montaña, sobre la cual pasó la transfiguración, no es nombrada por los Evangelistas, pero la antigua tradición, unánimemente indica el monte Tabor, que se encuentra en Galilea, a 6 Km. hacia SE de Nazaret. Cerca de esta montaña Jesucristo pasó Su adolescencia, y posiblemente la subió varias veces y oraba sobre ella. Con su altura de casi 1 Km. el monte Tabor se eleva majestuosamente sobre las planicies circundantes, atrayendo miradas de los viajeros de todos lados.

Desde su cima se abre la vista sobre el mar de Galilea y el río Jordán, que se encuentran al Este de él. Desde su base y hasta la mitad el monte esta cubierto por imponentes robles y pistachos.

El Salvador llevó Consigo no a todos Sus discípulos, sino solo a tres: Pedro, Jacobo y Juan el Teólogo, dejando al resto de ellos a la base del monte. La subida al monte era fatigosa, y por eso, los apóstoles, que acompañaban a Cristo, se recostaron para descansar y se durmieron. El Salvador comenzó a orar y durante la oración Su aspecto externo cambió. Su rostro se iluminó como el sol y Su vestimenta se hizo blanca como la luz. Por la fuerte luz, los apóstoles se despertaron y vieron a su Maestro en Su Gloria celestial del Hijo de Dios. Su Divinidad resplandecía a través del cuerpo y los vestidos.

Con sorpresa, mirando al Salvador, los apóstoles vieron al lado de El a dos personajes desconocidos, que luego se aclaró que eran los antiguos profetas Moisés y Elías, que vinieron a Cristo desde el mundo invisible. Porque vinieron justamente estos profetas, los evangelistas no explican. Se puede suponer, que para los apóstoles y para todo el pueblo hebreo la aparición de los dos mas importantes hombres justos del Antiguo testamento era el testimonio de la dignidad Divina de Cristo. En primer termino, hasta este momento, entre el pueblo simple se hablaba que Jesucristo es el profeta Elías o algún otro profeta resucitado. La aparición de Moisés y Elías mostraba la incongruencia de esta opinión popular. En realidad, los profetas aparecidas hablaban con Cristo justamente como con Mesías, el **Hijo de Dios**. Además, como muchos judíos acusaban a Cristo de quebrar la ley de Moisés y de blasfemia — como si Él, sin ningún derecho, se apropiaba del nombre de Hijo de Dios (Jn. 9:16; 10:33), entonces la aparición de dos mas celosos defensores de la gloria de Jehová, debía convencer a todos que Cristo es, en realidad, el prometido Mesías y que todos Sus afirmaciones son verdad.

Es evidente, que Moisés, quien escribió el libro de la ley no soportaría la vulneración de esta ley y no quedaría en forma reverente ante su detractor. De misma manera, el profeta Elías, quien antiguamente quemó con un rayo a los enemigos de Jehová, no estaría parado y sumiso ante Aquel, Quien se declaraba igual al Dios Padre, — si esto no fuera verdad. (Dijo Jesús: “*Yo y el Padre uno somos*” (Jn. 10:30; sobre el profeta Elías ver 2 Reyes 1:10).

A nosotros, los cristianos, esta aparición de los antiguos profetas, que se fueron al otro mundo, nos convence que la vida del hombre no termina con su muerte física y las almas de los difuntos no duermen, como falsamente enseñan algunas sectas, sino viven con una plena vida espiritual. Jesucristo tiene el poder sobre la vida y la muerte y es el Señor del cielo y la tierra, tal como el dijo: “*Tengo las llaves de la muerte y del Hades*” (Apoc. o Revelación 1:18).

La conversación de los profetas Moisés y Elías con Cristo debía **dar fuerzas a los apóstoles y fortalecer su fe en Cristo** ante futuros sufrimientos en la cruz del Salvador. En realidad, los apóstoles tomaban los sufrimientos de su Maestro, como Su humillación y oprobio, en cambio, los profetas los llamaban “Gloria,” que El va a revelar en Jerusalén. Y antes de Su crucifixión el Salvador miraba a la futura humillación y muerte vergonzosa como el comienzo de la glorificación de Su Padre y de Si Mismo, como Salvador de la humanidad, diciendo: “*Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que también Tu Hijo glorifique a Ti*” (Jn. 17:1).

El estado especialmente bendito que experimentaron los apóstoles durante la Transfiguración del Salvador lo expresó el apóstol Pedro diciendo: “*Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí!*” Alegrado por la visión Divina, Pedro deseaba que continuara, si es posible, para siempre. Con esto Pedro propuso al Salvador de hacer tres enramadas ahí mismo sobre la cima del monte. (Estas carpas se hacían entre los judíos y en general entre los pueblos orientales de tal manera: desde la punta del poste, clavado en la tierra, se tendían sogas hacia varias estacas clavadas a cierta distancia del poste, luego se cubrían de lienzo. A veces en lugar de tela se usaban cueros, hojas de árboles

o corteza). Apóstol Pedro no tenía deseo de volver al mundo de ira y traición, que amenazaba a su Maestro con sufrimientos y muerte.

Los Evangelistas relatan, que este momento a todos que se encontraban sobre el monte, los cubrió una nube luminosa, que indicaba la presencia de Dios Padre. (Nube oscura es símbolo y signo de Dios-Justo, ver Éxodo; en cambio la nube luminosa, llamada en Biblia: “shekina,” a veces se veía sobre el Santo-Santorum, o sea la parte principal del templo hebreo, ver 1 Reyes 8:10-11; Ezeq. 1:4; 10:4). Desde la nube se escuchó voz misteriosa, tal como en el Bautismo de Cristo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” con agregado de palabras: “a Él oíd.” Estas últimas palabras debían recordar a los apóstoles la antigua profecía de Moisés sobre el Gran Profeta que vendrá para anunciar la voluntad Divina. *“Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que El hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta”* (Deut. 18:19). Así, aquí, sobre el monte Tabor, años después, con el testimonio de Dios-Padre, se afirmó la profecía de Moisés sobre el Mesías como Profeta mas grande.

Al escuchar la voz, que salía de la nube, los discípulos asustados cayeron a la tierra. Aquí, sobre el monte, todo resultó para ellos extraordinario: la soledad y altura del lugar, el profundo silencio de la naturaleza, la aparición de antiguos profetas, la fuerte luz, la misteriosa nube, y al final, la voz del Mismo Dios Padre.

Cuando comenzaron el descenso del monte, Jesús prohibió a los apóstoles de contar a nadie lo que pasó sobre el monte, hasta Su resurrección de los muertos. El Señor se transfiguró para asegurar completamente a Sus apostolados de confianza, que El es realmente el Mesías. Pero para la amplia masa hebrea relatar la Transfiguración era demasiado temprano. Despertaría en ellos una imagen real de Mesías como un poderoso rey-conquistador. Mas adelante, uno de los testigos de este acontecimiento milagroso, el apóstol Pedro, recordaba esto como un hecho indudable y lo mencionaba como demostración de la naturaleza Divina de Cristo (2 Ped. 1:16-18).

La naturaleza de la luz de Tabor.

La Transfiguración del Salvador sobre el monte Tabor fue percibida por Sus discípulos como luz. Aquella no era por cierto un flujo de partículas de la luz física, pero algo parecido a la luz. Esta luz brillaba mas fuerte que la solar, pero no quemaba, Además su brillo estaba acompañado por una sensación de extraordinaria paz y alegría. Era la visión del gozo del paraíso.

En Sagradas Escrituras a menudo la palabra “luz” se aplica a Dios y a lo que irradia de El: la verdad, los mandamientos morales y las obras de bien. Aquí la palabra “luz” se puede tomar en sentido figurado — significando una fuente vivificante. En realidad, lo que es la luz solar para el mundo físico, — es Dios para — el espiritual. Gracias a la luz vemos y conocemos el mundo, tenemos la posibilidad de movernos, desarrollarnos y crecer. La luz calienta y da vida a la naturaleza. Sin el sol nuestra tierra se convertiría en un cuerpo helado y sin vida.

De manera semejante, Dios es la luz para criaturas espirituales — ángeles y hombres. Con Su energía ilumina nuestra mente, nos da el conocimiento espiritual superior, vierte en nosotros la energía y la inspiración, calienta el corazón con el amor, dirige nuestra vida hacia buena meta. Todos los bienes espirituales los recibimos de Dios. Alejándonos de El nuestra alma se sumerge en las tinieblas y perece.

Es así como los hombres de vida espiritual perciben su comunicación con Dios: *“Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz”* (Sal. 36:10); *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”* (Sal. 119:105). En particular, la llegada de Mesías se percibía como luz espiritual: *“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban*

en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (Is. 9:2). Cristo decía a los judíos: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida... Aun por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprenden las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a donde va. Entre tanto que tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz”* (Jn. 8:12; 12:35-36). De misma manera el amor y las obras de bien, san Juan el Teólogo llama: “andar” y “permanecer en la luz.”

Las Sagradas Escrituras, a veces, aplican a Dios la palabra “luz,” no solo en sentido figurado, sino, en expresiones que hablan de Su naturaleza. Citemos algunos textos: *“El que se cubre de luz como de vestidura”* (Sal. 104:2); Apóstol Santiago llama a Dios: *“...Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variaciones”* (Sant. 1:17). El Apóstol Juan: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él” (1 Juan 1:5-7). Apóstol Pablo: *“El que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto, ni puede ver”* (1 Tim. 6:16). En Apocalipsis leemos: *“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero ... y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”* (Apoc. 21:23-24; 22:4-5).

Sobre la naturaleza de la luminosidad de Tabor escribía S. Gregorio Palamas (1296-1356), quien tuvo que salir en defensa de la enseñanza ortodoxa sobre la luz espiritual, contra los eruditos monjes Barlaam, Akindin y sus seguidores. Era la época de Renacimiento — renacimiento de paganismo en el arte, pensamiento y costumbres. En la filosofía comenzaron a volver a los conceptos paganos sobre Dios, — como un Absoluto trascendental, supramundial e inconcebible. Basándose en este concepto no cristiano sobre Dios, Barlaam y Akindin afirmaban que sobre Tabor los apóstoles no podían ver a Dios, ellos vieron una común luz física.

S. Gregorio Palamas, al contrario, insistía que la luz de Tabor solo se parecía a la física, pero era completamente diferente por su naturaleza. Esta luz era mas intensa, que la solar y mas blanca, que la nieve, pero no cegaba, calentaba, pero no quemaba. Su brillo estaba acompañando de un intenso sentimiento de alegría. Para diferenciarla de la luz común, san Gregorio llamaba a la luz de Tabor: **“Una energía Divina, no creada.”** La esencia de esta luz es inseparable de la eterna esencia Divina, ya que Dios es simple e indiviso. A pesar que Dios en Su esencia es inconcebible, Sus actos y energía, siendo inseparables de Su esencia, son concebibles para los seres creados a Su imagen y semejanza. Para eso, también, el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos comulgar con Su naturaleza Divina y así divinizarlos.

Percibimos la presencia Divina con el alma y no con los ojos de la carne. San Gregorio explica que la capacidad de ver la Luz Divina la otorga el Espíritu Santo, quien pasa al hombre del estado corporal al estado espiritual (homilía para la Transfiguración). En el momento de la visualización de la Luz Divina, de los ojos del observador cae como una cortina, y se le permite ver el resplandor Divino. La influencia de la luz espiritual en esta vida se extiende al alma. Pero, en la vida futura, también, se extiende sobre el cuerpo renovado de los justos, como esta escrito: *“Entonces, los justos brillaran como el sol en el Reino de su Padre.”*

La naturaleza de la luz benefactora (o energía Divina) — es misteriosa e inexplicable, como la esencia del Creador. Sin embargo, suele ser experimentada claramente, cuando el mise-

ricordioso Dios, honra al hombre con la visualización del brillo Divino. Entonces, el hombre siente un goce paradisiaco, en comparación con el cual, todas las alegrías terrenales son nulas. S. Gregorio Palamas escribía además, que en el monte Tabor Cristo entreabrió ante los apóstoles Su Divinidad y mostró a Dios que habita en El, ya que desde la eternidad, Él es — luz.

También el rostro de Moisés quedó iluminado durante su conversación con Dios sobre el monte Sinaí. Pero esto pasó por la acción sobre él de la fuerza Divina y era, se puede decir, de carácter pasivo, y no como resultado de la acción interior de su fuerza (o sea, Moisés solo reflejaba la luz Divina). En cambio, el Señor Jesucristo tenía esta luz en Su interior. El reveló a los apóstoles en monte Tabor la Gloria de Su Divinidad. El se hizo luminoso durante la oración para enseñarnos como vendrá a los Santos la iluminación Divina y como la verán ellos (homilía 34 y 35).

Muchos justos han podido ver el brillo semejante al de monte Tabor. En Sagradas Escrituras y obras de Santos Padres esta vivificante luz se describe como un estado interior, obtenido por la oración, piedad religiosa y particularmente la Comunión de los Santos Misterios. Percibido interiormente era tan real, como la observación de la luz física. La manifestación de esta luz con brillo externo es un fenómeno menos frecuente. Pero en los escritos de los Santos se puede encontrar las descripciones de la manifestación externa de esta luz Divina inmaterial, cuando se iluminan el cuerpo y la vestimenta de un Santo. Así se puede encontrar no pocos relatos sobre esto en las vidas de los Santos del siglo 4-o a 6-o, en el Lavsaik y en “Prado espiritual.” Citemos aquí algunos casos, siguiendo en lo posible las palabras de observadores directos: “El rostro del abba Pamba brillaba como relámpago y él era como un rey, sentado en su trono.” Antes de la muerte de abba Sisoí, los monjes que vinieron a despedirse de él, vieron de repente, que su rostro brilló como sol. Alguien que se encontró con el abba Siluan, y viendo que su rostro y cuerpo eran iluminados como de un Ángel, cayó de bruces ante él. Un hermano, llegando a la celda de la ermita del abba Arsenio, miro por la puerta y vio que el maestro era todo como fuego. Un fuego milagroso que ardía en el S. Sergio de Radonezh, atraía a él a todos que lo vieron, aunque sea, una vez. Durante el canto en el templo de la oración “a Ti cantamos,” los presentes vieron como el fuego cayó del cielo y se movía sobre la mesa del altar, iluminando toda la estancia y rodeando al oficiante San Sergio. Cuando éste comulgaba — el fuego entro en el cáliz y el Santo comulgó con él. El discípulo de S. Serafín de Sarov, Motovilov, vio a su maestro en resplandor celestial, y le dijo: “Padre, no puedo mirar, ya que de sus ojos caen relámpagos. Su rostro se hizo mas brillante, que el sol y me duelen los ojos al mirar.”

Los que venían al “starez” (maestro espiritual) Ambrosio de Optin, también veían a veces como la luz salía de él. Se observó la iluminación del rostro del obispo Teofano el Ermitaño y de san Juan de Kronstadt. El padre Juan se ponía ante el Señor, como ante el sol y, sentía claramente su permanencia en los rayos de esta luz y su calidez, alegría y cercanía de Cristo Salvador. Por la gracia de Dios, su rostro se hacia hermoso como de un Ángel y uno quería seguir mirándolo. (Nota: llaman la atención los relatos de la gente que murió y luego revivió. Como ellos después de su muerte entraban en un mundo de luz y experimentaban allí una extraordinaria paz y alegría. Muchos de estos relatos reunió un doctor de medicina norteamericano, Raymond A. Moody Jr, en su libro “Vida después de vida” [Life after life]. Ver también el folleto de Iskul “inverosímil para muchos, pero un acontecimiento real.” No sería que el Señor les dejaba ver Su Luz para que ellos fomentan la fe en la actual sociedad racionalista?).

El sentimiento de gozo, a partir de la iluminación Divina, suele ser tan fuerte, que cuando cesa, el hombre siente gran tristeza y abandono. S. Gregorio el Teólogo describe así este estado: “deseo quedar solo conmigo mismo y, renunciando a la carne y al mundo, no tocando sin necesidad extrema nada humano, conversando con uno mismo y con Dios, vivir por encima de lo visi-

ble. Deseo llevar siempre en mi imágenes puras y Divinas, no mezcladas con los inferiores impresiones engañosas. Quiero ser un impoluto espejo de Dios y de lo Divino. Adquirir la luz a la luz — de lo menos claro a lo mas luminoso — hasta que no llegue a la Fuente de iluminaciones de allá y no alcance al bienaventurado fin... El Amado (Dios) traspasa a la mente con un rayo de luz y enseguida en rápido movimiento se aleja y con esto llama y arrastra Consigo el alma.”

San Simeón el Nuevo Teólogo (949-1022), a menudo, recibía el honor de iluminación Divina. Así relató lo que sintió después de una de estas experiencias: “Todos los sentidos de mi mente y alma estaban adheridos a esta única inarrable alegría de altísima luz. Pero cuando la incommensurable luz, que me apareció, poco a poco disminuyo y al final se tornó invisible, volví en mí y conocí que maravillas de repente obró en mí la fuerza de esta luz... Luz esta, cuando aparece, alegra y cuando desaparece deja una herida y dolor en el corazón (Palabra 86).

La luz Divina misteriosamente se da a cada fiel sincero, cristiano ortodoxo. Pero los santos Padres previenen contra los esfuerzos de llamar artificialmente a esta iluminación, tratar de ver a esta luz, ya que aquí se esconde un gran peligro de tentación diabólica. El cristiano debe ir por la senda angosta de penitencia, humildad y autosacrificio. La vida actual es el tiempo de trabajo — la futura será tiempo de recompensa.

Relato del padre espiritual de Athos Anciano Paicio Eznepidas.

Cuando vivía en Katunaka, una vez, durante la oración nocturna, me comenzó a llenar una alegría celestial. Simultáneamente, mi celda, cuyas tinieblas iluminaba levemente la luz trémula de una vela, comenzó a llenarse poco a poco de una hermosa luz celeste. Esta misteriosa luz era muy fuerte, pero sentía que mis ojos aguantaban su intensidad. Esta era la luz Divina No-creada, que vieron muchos monjes del monte Athos. Muchas horas estuve en el brillo de esta luz Divina, no sintiendo a los objetos terrenales y encontrándome en el mundo espiritual, completamente distinto del físico de aquí.

Encontrándome en este estado y percibiendo por medio de esta Luz No-creada sentimientos celestiales, pasé muchas horas, no sintiendo tiempo. Pero, poco a poco, esta bendita Luz, comenzó a desaparecer y volví en mí. Sentí hambre, y comí un pedazo de pan seco y tragué un poco de agua. Sintíendome cansado, me senté a descansar y me sentí como un animal. Este sentimiento de mi iniquidad, que me parecía completamente a un animal, nació en mí a partir del estado que viví. Del mundo espiritual bajé enseguida a mi lastimoso estado y viendo, la diferencia, me juzgaba y sentía repulsión de mí.

Con estos sentimientos salí afuera y me pareció que todavía era de noche y un plenilunio. En este momento pasaba justo un hermano y le pregunté:

— Hermano, que pasa? Hoy se retraso el amanecer? Que hora es?

El hermano extrañado, me preguntó — Padre Paicio que has dicho? No lo entendí. Entonces comprendí lo que pasó — eran ya casi 10 horas de la mañana, y lo que parecía luna llena era el sol.

De manera, que la Luz No-creada era tan fuerte, que comparada con ella, la luz solar parecía noche en plenilunio. Y a pesar de esto, mis ojos recibieron la fuerza de aguantar la luminosidad de aquella luz.

Habiendo relatado este caso, el Maestro me ordenó de irme, ya que llegaban otros peregrinos. [Yendo por el camino, me sentí en un estado completamente animal].

Oficio Divino de la festividad.

De la yuxtaposición de los relatos evangélicos se debe concluir, que la Transfiguración del Señor aconteció en febrero o marzo. La Iglesia encontró necesario pasar la festividad del febrero a agosto para que este alegre acontecimiento de la Gloria del Salvador no coincidiera con el Cuaresma, cuando el cristiano deba hacer la penitencia de sus pecados. La causa de porque la Transfiguración se festeja por la Iglesia el 19 de agosto (6 de agosto, según el calendario antiguo) es que 40 días después se recuerda otra festividad: la Elevación de la Cruz del Señor, (el hallazgo de la Cruz del Señor por santa Elena) que recuerda los sufrimientos del Señor en la Cruz (27 septiembre). El nombre popular de la festividad de Transfiguración es “El Salvador”; “Salvador sobre el monte” o “Salvador de las manzanas.”

En los versículos de la festividad se muestran las circunstancias externas del hecho: La aparición de los profetas Moisés y Elías; su conversación con el Señor, la voz de Dios Padre y el miedo de los apóstoles. En forma paralela, en los versículos se revela el aspecto interno del acontecimiento y se señala la finalidad de la Transfiguración del Señor. Jesucristo se transfiguró para asegurar a los apóstoles de Su Divinidad y con esto fortalecer su fe ante Sus sufrimientos, mostrar al “luminosidad” de Su resurrección, enseñar que los hombres justos verán la Gloria Divina y para “iluminar con la luz la naturaleza ennegrecida de Adán.” En los versículos y troparios del canon se yuxtaponen la aparición de Dios a Moisés en el monte Horeb, con su presente conversación con Señor Jesús y se señala el cumplimiento de la profecía del rey David, que proclamó: “El Tabor y el Ermon se alegraran sobre Su nombre.” Los versículos invitan a los fieles de orar para que el Señor “ilumine a todos con la luz de Su inalcanzable Gloria.”

El contenido de “paremias” (textos elegidos de los libros del Antiguo Testamento) que se leen durante el servicio vespertino de la festividad es el siguiente: 1-a pemia (Ex. 24:12-18) relata la estadía d Moisés sobre el monte Sinaí. 2-a pemia (Ex. 33:11-23, 34:4-8) habla de la manifestación de la Gloria Divina a Moisés, y la 3-a pemia (1 Reyes 19:3-16) relata la revelación de la Gloria de Dios al profeta Elías. Al final de este oficio y en otros, se canta el siguiente tropario:

Troparion (traducido del ruso).

Te transfiguraste sobre el monte, Cristo Dios, mostraste a Tus discípulos Tu Gloria hasta donde podían aguantar. Que brille y para nosotros pecadores Tu luz eterna, por las oraciones de la Madre de Dios, Tu que otorgas la luz, Gloria a Ti.

Kondakion (traducido del ruso).

Te transfiguraste sobre el monte y Tus discípulos vieron Tu Gloria, Cristo Dios, hasta donde podían comprender: para que, cuando Te vean crucificado, entiendan Tu sufrimiento voluntario y prediquen al mundo que Tu eres en verdad el brillo del Padre.

En el **canon** se representa la grandeza de la transfiguración del Señor, que hasta los elegidos apóstoles de Cristo han podido solo ver en parte, hasta donde se le permitían sus sentidos y también escuchar las palabras de Padre Celestial La transfiguración del Señor iluminó las almas de apóstoles con la luz espiritual, clarificó su mente con el conocimiento de la jerarquía Divina del Salvador y afirmó su fe en todas las promesas del Señor. Este estado glorificado del Salvador en el monte Tabor es una demostración clara de la existencia en El de dos naturalezas unidas en una Persona de Dios-hombre.

Aquí la luz de Su naturaleza Divina brillaba a través de Su carne, que por si misma, como exenta del pecado, era perfecta.

Canon de la Transfiguración (traducido del ruso).

Cántico 1.

Irmos: Masas de Israelíes, cruzando con pies secos la profundidad húmeda del Mar Rojo, y viendo ahogados a los jinetes enemigos y sus jefes, en alegría cantaban: Cantemos a Dios nuestro ya que El se glorificó.

Anunciando a Sus amigos palabras de vida sobre el Reino de Dios, Cristo dijo: Cuando verán el brillo de la luz inalcanzable, conocerán a Padre en Mi y en alegría exclamarán: Cantemos a Dios nuestro ya que El se glorificó (Jn. 6:68; 14:7-9; 15:5).

Vosotros amigos-discípulos destruyan la fuerza de los paganos y enalézcanse con su riqueza, ya que cuando apareceré brillando mas claro que el sol, vosotros os glorificareis en alegría, clamando: Cantemos a Dios nuestro ya que El se glorificó (Is. 61:6; Rom. 11:12).

Ahora Cristo, brillando sobre el monte Tabor, reveló a discípulos la visión de la Divina luz oculta, como prometió. Ellos plenos de iluminación Divina en alegría clamaban: Cantemos a Dios nuestro ya que El se glorificó (Mat. 16:28).

Cántico 3.

Irmos: Arcos de fuertes se debilitaron y los débiles se revistieron de fuerza, por eso mi corazón se afirmó en el Señor.

Revestido con el ser de Adán, Tu Cristo a este ser oscurecido en antigüedad, de nuevo iluminaste y divinizaste con la transfiguración de Tu rostro (Luc. 9:29).

Cristo, que en antigüedad conducías con pilar de fuego y nube a los israelíes en el desierto, ahora inexpresablemente has brillado sobre el monte Tabor (Ex. 13:21; Mat. 17:2).

Cántico 4.

Irmos: Escuche sobre Tu gloriosa edificación Cristo Dios, — que has nacido de la Virgen para salvar de error a los que llaman: Gloria a Tu fuerza, Señor.

Escribiendo la ley en Sinaí, Tu Cristo Dios apareciste en nube, fuego, tinieblas y tornado. Gloria a Tu fuerza Señor (Ex. 19:16-18; Deut. 4:11).

Para asegurar a discípulos de Tu gloriosa edificación Cristo Dios, Tu existente antes de siglos y Tu Mismo realizando sobre la nube Tu elevación, inexpresablemente brillaste en Tabor (Sal. 104:3).

Se presentaron, y sumisos conversaban Contigo, Señor Cristo, aquellos con quienes Tu antes conversabas entre fuego y humo, tinieblas y tornado. Gloria a Tu fuerza, Señor (Mat. 17:3; Deut. 4:11; Ex. 19:3; Reyes 19:11).

Sobre Tu futura muerte en la cruz predecían los presentados en Tabor, Moisés, que antaño Te previó Cristo en el fuego de la zarza, y también Elías, elevado en un carro de fuego (Luc. 9:30).

Cántico 5.

Irmos: Tu separaste la luz del caos primordial, para que Tus criaturas canten a Ti, Creador. Ahora, Cristo, en Tu luz dirige nuestros caminos (Gen. 1:4; Sal. 5:9).

Ante Ti se postraron las temporadas del año, ya que el sol puso a Tus pies su luz y rayos que cortan el cielo, cuando Tu, Cristo deseaste cambiar Tu imagen humana (Mar. 3:9).

He aquí el Salvador — exclamaban en voz alta Moisés y Elías a los discípulos sobre el santo monte Tabor, — Cristo que nosotros, en antigüedad, precedimos como Dios verdadero (Mar. 9:4).

El inmutable ser, al unirse con el mortal, reveló abundante luz de Divinidad e inmaterial e inexpresablemente brilló ante apóstoles (Heb. 12:29).

Viendo a Ti, luz eterna — Cristo, brillando en la gloria del Padre, los discípulos clamaban a Ti: En Tu luz dirige nuestros caminos (Heb. 1:3; Sal. 5:9, 119:133).

Cántico 6.

Irmos: En mi congoja, llamé al Señor y me escuchó Dios de mi salvación.

El Salvador, brillando en Tabor con luz mas brillante que la solar, iluminó, también, a nosotros (Luc. 1:79).

Al subir al monte Tabor, Te transfiguraste, Cristo, y oscureciendo todo error, brillaste con luz para nosotros (2 Tim. 1:10).

Gloriosos apóstoles en Tabor conocieron en Ti, Cristo, a Dios y asombrados hincaron las rodillas.

Cántico 7.

Irmos: Los hijos de Adán en Babilonia vencieron antaño a la llama del horno, en cánticos, clamando: Bendito seas Tu, Dios de nuestros padres.

Apóstoles, iluminados sobre el monte Tabor, con luz de inalcanzable gloria, exclamaban a Cristo: bendito seas Tu, Dios de nuestros padres (1 Tim. 6:16).

Apóstoles maravilladas por palabras de voz Divina, nube de rocío y Tu resplendor, Cristo, cantaban: Bendito seas Tu Dios de nuestros padres (Mat. 17:5; Luc. 9:54).

Cuando Pedro sobre monte Tabor vio resplandeciendo con inexpresable luz Cristo, exclamó: Bendito sea Tu, Dios de nuestros padres (Mat. 17:1).

Hijos de Zabedeo, encontrándose con el Jefe de la vida, Cristo, cuando Su rostro irradió la luz, exclamaron: Bendito seas Tu, Dios de nuestros padres (Mar. 3:17).

Cántico 8.

Irmos: Los mancebos en Babilonia, ardiendo con celo Divino, vencieron con valor la amenaza del verdugo y las llamas, y arrojados en medio del fuego, bañados de rocío, cantaban: bendigan todas las criaturas de Dios, al Señor.

Cristo, que todo lo sostiene con Su poder, subió con Sus purísimos pies al monte Tabor, donde resplandeció Su rostro mas claro que el sol, y a los servidores superiores de la ley y gracia instó a cantar: bendigan todas las criaturas del Señor a Dios (Is. 40:22-26).

Luz inmensa y sin ocaso brillo del Padre, que apareció inexpresablemente en la gloria inalcanzable sobre el monte Tabor, iluminando a la creación, divinizó a los hombres que cantaban: Bendigan todas las criaturas del Señor, a Dios (Heb. 1:3).

Presentados con veneración sobre el monte Tabor, Moisés y Elías, claramente viendo la imagen Divina Persona-Cristo, resplandeciendo con gloria del Padre, cantaban: Bendigan todas las criaturas del Señor, a Dios (Ex. 34:35; Sal. 104:2).

Los discípulos, viendo a Cristo sobre Tabor, rodeado de nube luminosa, y cayendo de bruces a la tierra, se iluminaron con su mente y cantaban a El con Padre y Espíritu Santo: Bendigan todas las criaturas del Señor a Dios (Mat. 17:5).

Cántico 9.

Irmos: Ti diste a luz a Cristo, invulnerada; Dios provino de Tu seno apareció portador de la carne sobre la Tierra, y vivió con la gente, por eso Te llamamos madre de Dios.

Temblando, los discípulos iluminados de repente con la milagrosa luz, se miraban con asombro y, cayendo a tierra Te saludaron a Ti, Señor de todos (Mat. 17:1-5).

De la nube se escuchó la voz Divina, que aseguraba al milagro; ya que Padre de las luces (del mundo) proclamó a los apóstoles: Este es Mi Hijo amado. A El oíd (Sant. 1:17; Mat. 17:5).

Servidores de la Palabra, viendo lo extraordinario y asombroso, y escuchando la voz del Padre sobre Tabor, exclamaban: Ese Salvador nuestro es la imagen de la Protoimagen (Heb. 1:3).

Tu — verdadera imagen del Existente, sello fiel e invariable, Hijo, Logos, Sabiduría, músculo, mano y fuerza del Altísimo, Te cantamos con el Padre y el Espíritu Santo (1 Cor. 1:24. Is. 53:1).

Durante la **Liturgia**, en lugar de habituales salmos, se cantan **antifones** de la festividad. Antes de la lectura de Epístola, se canta el **prokimenon**: “Cuan numerosas son Tus obras, Señor, todo lo has hecho con sabiduría.” En la Epístola (2 Ped. 1:10-19) se habla que la aparición en Tabor de gloria del Señor es la demostración de la Divinidad de Cristo. El Evangelio (Mat. 17:1-9) relata la Transfiguración del Salvador.

En lugar del Habitual cántico a la Virgen, se canta el cántico — 9-o del canon con esta frase introductora:

“Honra, alma mis, al Señor, transfigurado sobre el monte Tabor.”

Antes de la Comunión se canta: “caminaremos en la luz de Tu rostro, Señor y sobre Tu nombre nos alegraremos todo el día.”

La particularidad externa del oficio de la festividad de Transfiguración es la bendición de frutos y verduras, como un agradecimiento de la naturaleza, el aire puro y el pan de cada día para nosotros.

La costumbre de bendecir a la uva y otros frutos.

Se usa en la festividad de Transfiguración, después de la Liturgia, bendecir la uva, manzanas y otros frutos. La costumbre de traer frutas al templo se remonta a los tiempos de Antiguo Testamento (Gen. 4:2-4; Ex. 13:12; Num. 15:19-231; Deut. 8:10-14). De los apóstoles la costumbre pasó a la Iglesia de Nuevo Testamento (1 Cor. 16:1-2). Las indicaciones sobre frutas traídas al templo se puede encontrar en la 3-a reglamentación de los apóstoles (“Reglamentos Apostólicos” son en compendio mas antiguo de leyes eclesiásticas, [cánones], conocidos ya desde el siglo 2-o). En Grecia en agosto maduran los frutos los mas importantes son espigas y uva. Desde antigüedad, la gente traía al templo para su bendición a estos frutos, como un agradecimiento a Dios. De esto escribía san Juan Crisóstomo: “El agricultor recibe los frutos de la tierra, no tanto por sus esfuerzos y dedicación, como por la benignidad Divina, que se los devuelve, ya que él que planta y riega — es nada — todo es Dios que provee.”

La uva se trae al templo por su relación directa con la Eucaristía, por eso, en la oración de bendición de uva el sacerdote dice: “bendice Dios este nuevo fruto de la vid, que Tu permitiste con aire propicio, gotas de lluvia y calma del tiempo llegar a la madurez. Que sirva la comunión de estos frutos de la vid para nuestra alegría y nos permite traer los a Ti, como don, para la purificación de los pecados, junto con el bendito Cuerpo de Cristo Tuyo.”

En los primeros tiempos de cristianismo los creyentes traían al templo los frutos de la nueva cosecha — pan, vino, aceite, incienso, cera y miel, y otros. De estos dones al altar llagaban solo: pan, vino, incienso, aceite y cera. Todo lo otro se usaba para las necesidades del clero y de los pobres, a quienes ayudaba la iglesia. Con estos dones se expresaba el agradecimiento a Dios, por los bienes otorgados, y también, se ayudaba a la gente consagrada al servicio de Dios y a los pobres. Actualmente, la bendición del pan, vino, huevos, leche y otras comidas se conserva en el templo con la bendición del Artos y las comidas pascuales en las casas. Las flores y hojas de palmeras se bendicen el Domingo de Ramos, S-ta Trinidad, Elevación de la Cruz del Señor, y en Domingo de la 3-ra semana de Cuaresma. Se traen miel y trigo hervido (*kutia*) durante los resposos de los difuntos y comidas posteriores en honor a los mismos. La presentación de los panecillos especiales (*prosforas*) para la proskomidia se sigue usando en todas partes y siempre.

Conclusión.

Así, sobre el monte Tabor, Señor Jesucristo mostró el Reino de Dios en Su fuerza, hizo sentir a los apóstoles la alegría de comunicación con Dios. Con su Transfiguración en monte Tabor el Señor nos llama a la vida nueva — una transfiguración interna. Para que de orgullosos — nos hagamos humildes, de perezosos — esforzados, de apasionados — puros, de codiciosos — contenidos, de distraídos — concentrados, de díscolos — obedientes a Dios, de duros — misericordiosos.

Tanto como el alma, es mas valiosa que el cuerpo, así la luz espiritual es mas importante que la física. Por otro lado, las tinieblas internas son mas peligrosas, destructivas y terribles, que las sombras nocturnas o ceguera. El que pierde la vista interior, pierde con ella la vida eterna Divina, cuyo atributo es igual que para la vida física — la luz.

La luz Divina entra en el hombre en el momento de su bautismo, y mora desde entonces en él. Para que el hombre no se torne perezoso y orgulloso, Dios no le permite sentir en forma continua el resplandor de esta luz interna. Pero esta luz se encuentra en el alma y aumenta a medida de su perfeccionamiento moral, una oración dedicada, domestica y en el templo, lectura de Sagradas Escrituras, pensar sobre Dios y particularmente por la Sagrada Comunión. Es peligroso tratar de llamar la iluminación de la luz espiritual, tratar de verla. Se puede por ese proceder caer en las redes diabólicas. La clara visión de esta luz se otorga a veces, cuando Dios considera necesario consolar o fortalecer al cristiano.

La acción interna de esta luz se siente en el apaciguamiento de fuerzas del alma, rechazo de todo pecado, sentimiento de amor a Dios y a los prójimos, deseo de vivir para el bien, una fe firme y esperanza en Dios y en el ansioso movimiento hacia el reino Celestial. Vamos a valorar el Reino de Dios dentro de nosotros para que El nos haga dignos de vida en el Reino de Luz Eterna. Amen.

Missionary Leaflet # S48
Copyright © Holy Trinity Orthodox Mission
Foothill Blvd, Box , La Canada, Ca
Editor: Obispo Alejandro (Mileant)

(transfiguration_s.doc, 8-07-2003)